

mi hermana, tanto peor para él y tanto mejor para ella.

—Perfectamente, hijo mío,—exclamó la Marquesa.

—Muy bien, señor Marqués,—añadió Bachelín;—y si la señorita de Beaulieu no es bastante rica para tentar la codicia de un pesca-dotes, siempre será bastante perfecta para seducir á un hombre de corazón.

Con una mirada impuso la Marquesa silencio á Bachelín, y satisfecho éste de que terminara tan favorablemente una crisis que al principio le pareció terrible, despidióse de sus nobles clientes, emprendiendo, con toda la velocidad que le permitían sus viejas piernas, el camino de Pont-Avesnes.

III.

Era, en efecto, el Sr. Derblay, como había asegurado Bachelín, la persona á quien el Marqués encontró en el bosque de Pont-Avesnes vestida como cazador furtivo. Sin hacer caso de Octavio, que le llamaba á gritos, penetró en línea recta á través del bosque, insensible á los rozamientos de las ramas y á los arañazos de las espinas. Reía nerviosamente, pronunciando palabras interrumpidas por exclamaciones, y regocijado

por la aventura que le acercaba á la persona objeto de su muda y lejana adoración.

Bajaba por la pendiente que conduce al valle, cruzando el terreno con sus largas piernas y sin darse cuenta de la velocidad de la marcha, que cubría su frente de gotas de sudor. Iba como su pensamiento, rápido, volando. Cuando el Marqués supiera con quién había estado hablando, porque seguramente llegaría á saberlo, le agradecería el proceder cortés y atento que el vecino molesto, según había dicho, usaba con él, y quién sabe si esto sería causa de entrar en relaciones. En este caso vería de cerca á su adorada Clara, cuyo simpático rostro sonreía perpetuamente en su memoria; llegaría á hablarla, y esta sola idea perturbaba su imaginación hasta el extremo de creer que las palabras quedarían estranguladas en su garganta, permaneciendo ante ella mudo y sobrecogido por la emoción, teniendo que refugiarse en el rincón más oscuro de la sala, y desde allí la miraría á su gusto, haciéndole feliz esta contemplación.

¡Feliz! ¿Podría serlo? ¿A dónde le conduciría este loco amor? ¿A asistir más de cerca al matrimonio de la que con tanta pasión deseaba? Porque seguramente el Duque de Bligny volvería. ¿Qué hombre amado de ta mujer sería bastante loco para desdenarla? Y de no volver el Duque, se presentaría cualquier otro pretendiente, cualquier bri-

llante aristócrata que sólo al decir su nombre le acogerían con los brazos abiertos, mientras que un trabajador como él sería despedido con desdeñosa frialdad.

Esta idea le produjo profunda tristeza é hizo decaer su energía. No caminaba ya á escape hacia Pont-Avesnes, deslizándose como fiera entre los matorrales, sino que andaba despacio, arrancando maquinalmente las hojas de las ramas y estrujándolas entre sus dedos. ¡Qué desgracia la suya, no poder aspirar á la mano de aquella ideal criatura! Y pensativo, se detuvo junto á una encina, apoyado en el tronco, sin sentarse, meditabundo, grave y pálido, y humedecidos los ojos por cruel angustia.

Repasaba en su memoria cuanto había hecho en esta vida, y preguntábase si su obra realizada no le hacía digno de mayor felicidad. Después de brillantísimos estudios salió de la Escuela Politécnica con el número primero, y escogió la carrera de ingeniero de minas. En el momento que acababa de recibir el título de ingeniero estalló la guerra. Contaba entonces veintidos años. Sin titubear, se alistó como voluntario, incorporándose á un regimiento del ejército del Rin. Tomó parte en la sangrienta derrota de Froeschwiller, y volvió al campo de Chalóns con los restos del primer cuerpo de ejército. Siguió con ellos la desastrosa marcha hacia Sedán, y la noche de la bata-

lla estaba prisionero de guerra bajo la vigilancia de los hulanos prusianos; pero no era hombre de dejarse coger de esta manera, y arrastrándose en la oscuridad, aprovechó la noche para atravesar las líneas alemanas. Entró en Bélgica, y desde allí pasó inmediatamente á Lila, incorporándose á uno de los regimientos que se estaban organizando.

Continuaba la guerra, y veía extenderse lenta y segura la invasión por el país, como fatal gangrena. Distinguióle el general Faidherbe, con quien hizo la campaña del Norte. Herido de un balazo en San Quintín, estuvo seis semanas en el hospital entre la vida y la muerte, y se repuso de esta larga dolencia para estremecerse al saber que París estaba en manos de la Commune. La convalecencia le libró del triste deber de disparar los últimos tiros contra franceses. Dirigióse á la casa paterna, sufriendo todavía de la herida, pero luciendo en el pecho la cruz de la Legión de Honor, que el mismo General le llevó á su cama del hospital. Aguardábale en su morada un dolor mucho más vivo que cuantos había sufrido en tan corto tiempo. Su madre había muerto, y la niña Susana, que sólo contaba siete años, veíase privada de su cariñoso cuidado. Los grandes negocios, que reclamaban su presencia, obligaron á partir al Sr. Derblay, dejando encargada la niña á fieles criados. La llegada de Felipe reprodujo el dolor y las lágrimas,

y Susana se cogió á su hermano con la ternura de una niña asustada por el abandono, estrechándose contra él como débil sér que pide apoyo y socorro. Felipe, que tenía corazón sencillo y tierno, adoró á esta niña tan necesitada de cariño y que tan poco encontraba entre un padre dedicado por completo á los negocios, y criados fieles, pero incapaces de delicadas atenciones, más necesarias á la vida de los niños y de las mujeres que los cuidados materiales.

Necesitó, sin embargo, alejarse para emprender sus faenas de ingeniero, y esta partida causó á Susana grandísimo dolor. La despedida de Felipe renovó en la niña la desesperación que le había causado la pérdida de su madre. Pero dispuso el destino que esta separación fuese breve, porque seis meses después, agobiado por el exceso de trabajo, falleció el Sr. Derblay, y Felipe y Susana quedaban solos.

Entonces tuvo que atender el joven á nuevos deberes. La liquidación de las empresas de su padre era muy complicada, y fértil en dolorosas sorpresas. El Sr. Derblay, persona de notable inteligencia, tenía sin embargo un grave defecto: el de abarcar más negocios de los que podía dominar. Gastaba su actividad en las empresas más distintas, sin poder dirigir las todas con igual éxito. Los productos de unas se empleaban en pagar las pérdidas de otras, acu-

mulándose las dificultades que vencía por el momento á fuerza de habilidad y energía, pero que más ó menos tarde le llevarían á una catástrofe. Desapareció antes de que esto ocurriese, dejando una herencia embrolladísima.

Tenía Felipe fácil y magnífico porvenir. Pudo abandonar las empresas de su padre, liquidar como mejor se pudiera la herencia y seguir su camino; pero esto era la ruina. Todos los recursos del padre emplearíanse en cubrir el honor de su nombre, y su hermana quedaría sin fortuna. No vaciló el joven: renunció á su porvenir, presentó la dimisión, y echando sobre sus hombros la pesada carga que había hecho sucumbir á su padre, se hizo industrial.

La empresa era ruda. En la herencia del Sr. Derblay había de todo: fábricas de cristal en Courtalín; una fundición en el Nivernais; pizarrales en el Var, y la ferrería de Pont-Avesnes. Entregóse por completo Felipe á estos asuntos, procurando reunir los restos del naufragio. Era un trabajador intrépido, y durante seis años empleó los días y la mayor parte de las noches en la obra de salvación tan valientemente emprendida. Cuanto encontró en metálico lo empleó en restablecer los negocios, y á medida que los ponía en prosperidad fué cediéndolos, conservando en definitiva la ferrería, cuyo gran valor comprendió.

A los siete años había liquidado la herencia paterna y sólo tenía la fundición de Nivernais, que explotaba en combinación con la ferrería de Pont-Avesnes, sirviéndose del hierro de ésta para alimentar la producción de aquélla. Libre de todo peligro y dominando el negocio, sintióse capaz de darle considerable extensión. Adorado en el país, podía presentarse candidato á la diputación, ser elegido, y ¡quién sabe si este honor podría halagar á la mujer amada! Además, en este siglo metalizado, la industria es también una potencia.

Poco á poco fué renaciendo la esperanza en su corazón. Continuó el camino y salió del bosque. Extendíanse á su derecha las praderas que cubren el valle, y se empinaban á su izquierda las rocas que sirven de base á la colina, y donde están abiertas las entradas de la mina. Un pequeño ferrocarril asciende en suave pendiente hacia las galerías, y sirve para conducir el mineral á la ferrería.

Bruscamente distraído de sus meditaciones, resolvió Felipe ir á echar un vistazo á su explotación, y apartándose del camino que seguía, dirigióse hacia la mina, yendo á una pequeña altura donde estaba la barraca del encargado de inspeccionar las salidas del mineral. A medida que se acercaba, parecía oír gritos y observar insólita agitación á la entrada de las galerías.

Activó la marcha, y á los pocos minutos llegó y se enteró del inusitado tumulto.

Las filtraciones del agua habían producido un derrumbamiento del terreno sobre la vía férrea, volcando los vagones y sepultando al pie del talud, bajo un montón de arena y de maderos, al conductor del tren, que era un muchacho de quince años. Algunos obreros y muchas comadres de la aldea, que acudieron rápidamente, formaban animado grupo, en medio del cual lloraba y gesticulaba una mujer medio loca.

Separando á los asistentes, entró Felipe en el círculo.

—¿Qué ocurre aquí?—exclamó con inquietud.

—¡Ah, Sr. Derblay!—dijo la mujer redoblando sus gestos y sollozando á la vista del amo de la ferrería;—mi pobre muchacho, mi Santiaguito, ha sido arrastrado con su vagón, y está ahí debajo hace tres cuartos de hora.

—¿Qué se ha hecho para sacarle?—preguntó vivamente Felipe, dirigiéndose á los mineros.

—Se ha escombrado todo lo posible,—contestó un jefe de cuadrilla, indicando una ancha excavación,—pero no nos atrevemos á tocar á los maderos, porque cualquier movimiento puede derrumbar todo esto y aplastar seguramente al muchacho.

—Todavía hablaba hace diez minutos,—

gritó la madre con desesperación, —pero ya no se le oye; de seguro está ahogado. ¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¿Le van á dejar ahí?

Y la infeliz prorrumpió en sollozos, cayendo sin fuerzas sobre la pendiente del talud.

Entregando la escopeta á uno del grupo, echóse boca abajo Felipe, y acercando la cabeza á la entrada de la excavación, bajo los entrecruzados maderos, escuchó. En aquella tumba de arena que sepultaba al muchacho reinaba completo silencio.

—¡Santiago!—gritó el Sr. Derblay con voz que sonó lúgubre bajo la capa de tierra y palos.—¡Santiago! ¿Me oyes?

Respondióle un gemido, y al cabo de algunos instantes llegaron, débiles y entrecortadas, estas palabras á sus oídos:

—¡Ah! mi amo. ¿Es V.? ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Si está V. ahí, me salvarán!

Esta cándida confianza conmovió profundamente á Felipe, resolviendo intentar hasta lo imposible para realizar la esperanza del niño.

—¿Puedes moverte todavía?—preguntó.

—No,—murmuró el chico, jadeante y casi sofocado;—creo que tengo una pierna rota.

Estas palabras, escuchadas con mortal silencio, produjeron en los asistentes doloroso murmullo.

—No tengas miedo, hijo mío; vamos á sacarte de ahí,—dijo Felipe.

Y se levantó.

—Vamos, pues; tomad vosotros puntales y levantad ese madero,—dijo á los trabajadores, indicándoles una larga viga profundamente metida debajo de los escombros y que formaba una especie de palanca natural.

—Es imposible, Sr. Derblay,—contestó el jefe de la cuadrilla, moviendo tristemente la cabeza.—Todo vendría abajo. El único medio que puede emplearse es el de que entren tres ó cuatro hombres forzudos á rastras por el agujero que hemos abierto, y procuren desprender al muchacho, que no puede moverse. Mientras tanto, sostendremos con gatos todo esto; pero la operación es arriesgada y muchas las probabilidades de morir en ella.

—No importa, es preciso entrar,—dijo resueltamente Felipe mirando á los obreros.

Y al ver que todos quedaban inmóviles y silenciosos, se le enrojeció el semblante.

—Si alguno de vosotros estuviera ahí debajo, ¿qué pensaría de sus compañeros que le abandonaran? ¡Ea! puesto que ninguno se atreve, yo entraré.

Y encorvando su elevado cuerpo se deslizó Felipe por debajo de los escombros. La multitud exhaló un grito de admiración y reconocimiento; y como si bastara dar ejemplo para que recobraran el ánimo todas aquellas buenas gentes, tres hombres entra-

ron á continuación del amo de las herrerías, mientras los demás, reuniendo sus fuerzas, levantaban y sostenían sobre sus espaldas los maderos con increíbles esfuerzos.

Reinó de nuevo el silencio, oyéndose sólo los sollozos de la acongojada madre y la fuerte respiración de los que soportaban el peso de los escombros. Trascurrieron algunos minutos, largos como siglos, durante los cuales estuvo en inminente peligro la vida de cinco hombres; después se oyó un clamor de alegría. Llenos de tierra, con hombros y manos arañadas, salieron los cuatro hombres del agujero, y el último de ellos, Felipe, llevaba en sus brazos al muchacho desmayado.

Oyóse un crujido terrible. Al soltarlos los trabajadores, cayeron los maderos sobre el foso vacío ya de su prisionero. La madre, medio loca, acariciaba á su hijo y al amo de la herrería. Silenciosa, conmovida y respetuosa, rodeaba la muchedumbre al salvador y al salvado.

—Vamos, llevad á éste tunante á su casa,—dijo alegre el señor Derblay,—y que avisen al médico.

Arreglando en seguida un poco su traje y cogiendo la escopeta, se encamino á Pont-Avesnes.

La noticia de la salvación circuló inmediatamente después que la del fracaso, y cuando llegaba á la verja del castillo vió Fe-

lipe á su hermana que venía hacia él seguida de Bachelín. Al conocer Susana á su hermano, apresuró el paso. Iba vestida con traje claro, balanceando sobre el hombro una gran sombrilla de color de rosa, que en aquel hermoso día de octubre cubría su preciosa cabeza de los rayos del sol. Tenía la señorita Derblay diez y siete años, y su fresco y alegre rostro expresaba la confianza y la honradez. Sus oscuros ojos eran más risueños que los labios. Sin ser bella, su gracia natural y expansiva la hacía irresistiblemente seductora. Llena de impaciencia, echó á correr hacia su hermano, llevando tras sí la gran sombrilla, hinchada por el viento como una vela, y al abrir los brazos para arrojarse al cuello de Felipe, la dijo éste apartándola:

—No me toques; estoy lleno de basura y pondré perdido tu traje.

—¡Qué importa!—exclamó Susana arrebatada de alegría.—¡Quiero abrazarte! ¡Has salvado al niño! ¡Oh, Felipe mío! siempre se te encuentra cuando hay que hacer alguna cosa bella y buena.

Diciendo esto, cogía la joven la morena cabeza de su hermano y la besaba tiernamente. Distanciado Bachelín por la carrera de Susana, llegó casi sin aliento.

—Mi querido amigo,—dijo el notario.— ¡Otra buena acción en el activo de su vida!...

—No hablemos más de ello,—interrumpió Felipe sonriendo.—No vale la pena. Lo peor del caso es que creo que el muchacho está herido. Harías bien, Susana, en ir á su casa con tu botiquín, y lo que haya que gastar, págalo.

—Voy, hermano mío,—dijo la joven.— Llevo conmigo á Brígida, ¿no es verdad?

—Es claro. Y nosotros, amigo Bachelín, entremos en la casa; voy hecho un facineroso y necesito mudarme de traje.

Dirigióse Susana á las habitaciones de los criados, y Felipe y el notario atravesaron el gran patio plantado de tilos, en cuyo centro había una hermosa fuente rectangular rodeada de parterres de flores y cuyo surtidor lanzaba al aire un chorro de agua que, impelido por el viento é iluminado por los rayos del sol, caía en forma de cascada. Esta fuente era el último vestigio de la gran cantidad de agua que en pasados tiempos formaba una cintura alrededor de aquel palacio. Los antiguos señores de Pont-Avesnes torcieron el curso del río, llevando sus aguas á los fosos. En tiempo de Luis XIII contruyóse una presa en el punto de la toma de aguas, y los fosos quedaron en seco. El limo depositado en el fondo, mezclado con tierra vegetal llevada á todo coste, formó aquel suelo de admirable fecundidad, donde arraigaban los árboles frutales que aun hoy son la maravilla de Pont-

Avesnes. Hay allí perales y melocotoneros que cuentan más de doscientos años y que producen frutas sin iguales en la comarca. Los anchos fosos cuyos muros sirven de espalderas forman una especie de estufa donde se condensan los vivificantes rayos del sol. Hace allí calor como en un invernadero, y el frío viento del invierno que quema y seca los árboles no puede penetrar.

El castillo está construido sobre un cerro de piedra morena que lo eleva prestándole elegancia, pero es negro y triste. Sus elevados techos de pizarra destacan lúgubramente en el cielo. Habiendo determinado Felipe habitar sólo un ala de aquel enorme y frío edificio, las demás habitaciones estaban cerradas; y sin los cuidados de Brígida, hermana de leche de Susana, que á pesar de su juventud, y gracias á lo precoz de su entendimiento, desempeñaba con autoridad las funciones de ama de gobierno, parecería completamente abandonado.

Pero la activa jurasiana, animando con su celo á los tres criados que están á sus órdenes, hace dos veces por mes una limpieza completa, y mantiene en buen estado los admirables muebles de la época de Luis XIV que adornan las habitaciones de recepción.

Cuando Brígida abre los balcones del gran salón y penetra la luz á torrentes en las espaciosas habitaciones, parece que se levanta el telón de un teatro apareciendo una

decoración de maravilloso lujo. Revisten las paredes magníficos tapices de Gobelinos, representando toda la historia de Alejandro, y el terciopelo de Génova brilla en los respaldos y entre los dorados brazos de los anchos sillones. Enormes lunas de Venecia reflejan por un momento las flores del parterre, el caprichoso saltador de la fuente, y un pequeño espacio de cielo. Brígida pasa activa con un plumero y una escoba, y terminada la limpieza, cierra de nuevo las maderas de los balcones, y vuelven á la oscuridad las riquezas artísticas del castillo.

En el ala habitada tiene Felipe en el entresuelo un gran despacho, rodeado de armarios de libros, á cuyas tablas superiores sólo se alcanza con ayuda de una escalera. En medio hay una espaciosa mesa de escribir, y sobre ella montones de papel en un desorden más aparente que real. El bellissimo tintero de bronce representa dos moletudos Amores en lucha, y el vencedor, riendo, aprieta contra la boca del vencido un ramo de uvas. Sobre la chimenea hay un admirable reloj de ébano incrustado de cobre, del primer estilo de Boule. Junto al despacho está el comedor, adornado severamente con muebles antiguos de peral tallado, y en el aparador brilla rica y sólida vajilla de plata que jamás usan. Después hay un saloncito amueblado á la moderna, y lo más burgüesmente posible. Los cortinajes son de muse-

lina de seda azul, y de igual tela están tapizados los muebles. Un reloj, un velador de taracea, sobre el cual espera sin duda la vuelta de Susana un bordado á medio hacer; y en las paredes dos retratos, los del señor y la señora de Derblay, ejecutados con más conciencia que talento por un mediano discípulo de Flandrín, forman el adorno de la estancia.

En el piso principal hay dos grandes dormitorios, los de Felipe y Susana, que comunican por sus respectivos gabinetes de aseo: el uno grave y sombrío con cortinajes de terciopelo color habana y muebles de madera negra, teniendo por único adorno una panoplia de armas modernas, en medio de la cual se ve una cantimplora atravesada por tres balazos, recuerdo de la batalla de Pont-Noyelles. El otro virginal y fresco como quien lo habita, vestido de muselina blanca sobre tela azul, formando pabellones cogidos con cintas de color de rosa. Los muebles son de laca blancos con filetes azules, y además hay todas las baratijas que con tanta gracia adornan una habitación de soltera. Desde su balcón ve Susana las profundas alamedas del parque que se pierden en un horizonte de verdura, y allí podría fácilmente entregarse á los ensueños de la imaginación, si fuera posible que este género de meditaciones mitigase por un momento la viva alegría de su negligente juventud.

Después de ver alejarse á su hermana, llevó Felipe á Bachellín á su despacho, no dudando que llegaba de Beaulieu, é impaciente, como todos los enamorados, por saber los detalles, importantes ó fútiles, que siempre le refería su antiguo amigo, de sus entrevistas con los nobles habitantes del palacio. Pero este día no estaba de humor de charlar el notario, y sentado en un sillón miraba distraídamente á Felipe, de pie ante él como signo de interrogación.

No pudo éste contenerse por más tiempo, y abordando francamente el asunto, dijo con afectada tranquilidad:

—¿Ha manifestado V. mi proposición de arreglo á la señora de Beaulieu?

—Seguramente.

—¿La encuentra aceptable?

—Por completo.

Felipe miró de reojo á Bachellín, que se obstinaba en contestar con insufrible lacónismo, y decidió en seguida tratar de asuntos de mayor intimidad.

—¿Ha ofrecido V. la autorización para cazar en mis posesiones?

—Era inútil,—dijo tranquilamente el notario dirigiendo á Felipe una mirada burlesca.

—¿Cómo inútil?—preguntó éste admirado.

—¿Para qué había de hacer ese ofrecimiento habiéndolo hecho V. esta mañana al Marqués del modo más romántico?

Felipe se ruborizó, y algo contrariado bajó la cabeza.

—¡Ah! ¿el Sr. de Beaulieu le ha referido nuestro encuentro? Pero no sabía con quién hablaba.

—Yo se lo he dicho. ¿Debía decirle también que si ha abastecido V. su morral con tanta abundancia es por amor á su hermana?

—¡Amigo mío!

—¡Ah! ¡ah! ¡Se retracta V.! ¡No ama usted ya á la señorita de Beaulieu!

—¡Ojalá! porque este amor es una gran locura. Siendo yo un trabajador alejado hace tanto tiempo del mundo, no sé cómo he podido pensar en esa joven tan bella y tan altiva, y quizá por su altivez más tentadora. La he visto grave, reflexiva, un poco inquieta por el alejamiento, sin duda, de su prometido esposo, y á pesar mío, sin cuidar de evitarlo, me he enamorado de ella, olvidando la distancia que nos separa y la diferencia de nuestro nacimiento. No he escuchado la voz de la razón ni los consejos de la experiencia, sino el amor que irresistiblemente domina mi corazón. ¡Ah! amigo mío, vergüenza me da decirlo, pero no puedo dominar esta loca pasión, que me infunde desconocida alegría, exquisita embriaguez... que me da, en fin, cuanto deseo, excepto la esperanza, porque en este punto la ceguedad desaparece, y le aseguro bajo mi palabra que nada espero.

—Usted no espera nada, convenido. Pero

no cabe duda de que V. ama, por lo cual he hecho bien en hablar á la Marquesa, ¿no es verdad?

—¿En hablar?—balbuceó Felipe turbadísimo.—¡Cómo!... ¿En hablar? ¿Para decirle que...?

—Lo que V. piensa, lo que acaba de manifestarme en un lenguaje más elocuente que persuasivo.

Retrocedió Felipe un paso, ennegreciéronse sus ojos hundiéndose en las órbitas, mordióse violentamente los labios, y esforzándose por que el acento de su voz fuese tranquilo, preguntó:

—¿Había yo rogado á V. que hiciera á la señora de Beaulieu tal confidencia?

—No, es verdad, no me había V. rogado tal cosa,—contestó Bachelín tranquilamente;—pero encontré ocasión propicia y sin vacilar la aproveché. Créame V., no hay nada mejor que las situaciones claras. Usted hubiera perdido semanas, y acaso meses, preocupándole cada vez más esta aventura amorosa, y era mejor decirlo de una vez exponiéndose á ser rechazado con altanería. Estas son las razones que me han determinado á hablar. ¿No le parecen á V. de peso?

Felipe permaneció silencioso, y apenas si habla oído á Bachelín. Giraban sus ideas confusas en la mente, y perdió la noción de su existencia. Creíase llevado por rápido movimiento á espacios inmensos, oyendo sil-

bar el aire y sin poder fijar la vista en objeto alguno; veía como á través de una niebla, y en su dolorido cerebro una voz continua, que le fatigaba horriblemente, repetía como vaga revelación del destino: «¡Clara! ¡Sí, llegará á ser tuya!»

La voz de Bachelín le sacó del estupor.

—Y bien, ¿por qué me mira V. con los ojos fijos?—dijo el notario;—parece V. un somnábulo.

Pasó Felipe la mano por su frente como para borrar penosa impresión, y sonriendo después á su amigo, dijo:

—Perdóneme usted. Me ha perturbado la idea de que haya hecho una gestión tan grave sin advertírmelo. No le creía dispuesto á hacerla, pues de lo contrario le hubiese rogado que se callara. Desde el día que tuve la debilidad de confesar á V. el amor que me inspiraba la señorita de Beaulieu, no ha dejado de apesadumbrarme esta ligereza; pero parece que cuando se ama es demasiado pequeño el corazón para encerrar toda la ternura que debe contener, y á pesar de uno se desborda este sentimiento más de lo conveniente, llegando á los labios y no siendo posible contenerlo. Apenas había acabado de referirlo á V. cuando la ilusión se disipó, apareciendo la verdad implacable. La señorita de Beaulieu no me ha hecho jamás el honor de advertir que existo. Es rica, prometida á su primo, y será duquesa.

Preciso es que sea un verdadero insensato para amarla. Merezco, pues, un castigo, y dispuesto estoy á sufrirlo. Dígamelo usted todo sin contemplación alguna.

—Pues bien; empezaré por decirle que la señorita de Beaulieu ni es rica, ni probablemente será jamás duquesa, y que nunca como en este momento ha tenido más probabilidades de agradarle un hombre honrado como usted.

Al escuchar estas palabras se puso Felipe tan pálido que parecía iba á desmayarse. Dió un grito de alegría, y flojas las piernas por la emoción, dejóse caer sobre una butaca.

—¡Oh! ¡mire V. lo que hace! No me infunda esperanzas, porque me sería muy doloroso renunciar á ellas.

—Pues sí. Doy á V. esperanzas, y al darme, salto por servir á V. á los secretos de la familia Beaulieu. Pero como le interesa ser discreto, no repetirá lo que acabo de decir.

Felipe cogió las manos al notario dirigiéndole una mirada llena de ardiente curiosidad.

—La señorita de Beaulieu está arruinada á causa de la pérdida del pleito que seguía su familia en Inglaterra,—continuó diciendo Bachelin,—y ella lo ignora. El Duque de Bligny está en París hace seis semanas sin cuidarse de su prometida esposa, y también ésta lo ignora. El día en que sepa la seño-

rita Clara que la ha abandonado su novio, habrá en su corazón una terrible tempestad, y los que se encuentren cerca de ella podrán recoger bastantes restos del naufragio.

—¡Arruinada y abandonada una joven tan perfecta, una mujer tan adorable! ¿Para qué necesita fortuna? El único tesoro que debe esperarse de ella es ella misma.

—Sí, seguramente, y bajo este aspecto de desinterés he hablado de usted.

—¡Oh! sí, dígalo V.,—exclamó Felipe con entusiasmo;—dígalo á la señora de Beaulieu y á ella misma; se lo suplico.

Detúvose un momento como preocupado por un pensamiento sombrío.

—No,—añadió,—no diga V. nada: es orgullosa y altiva, y la idea de que pueda deber algún favor al hombre que sea su esposo, la alejaría de mí, determinándola á rechazarme. Hable V. con la Marquesa, procure que apruebe mis escrúpulos, y sobre todo haga de mi parte toda clase de ofrecimientos. ¡Oh! De rodillas recibiré yo la mano de la señorita de Beaulieu, pero deseo que se crea rica á fin de que pueda aceptarme ó rechazarme libremente. Aunque al casarme tuviera que dotarla con cuanto yo poseo, siempre sería ella la generosa.

—¡Bah! ¡bah!—dijo Bachelin interrumpiendo á Felipe con afectuoso ademán.—Eso es correr demasiado. La juventud y la pasión

son muy bellas, pero es preciso marchar con más sensatez. Sólo se trata por ahora de que se presente V. en el palacio, y á falta de otras satisfacciones, tendrá V. la de contemplar al objeto de sus deseos, como se decía en el siglo anterior. Sea V. grave, y pórtese con la calma y discreción que su situación aconseja. Lleve á su hermana, que le servirá de mucho, porque se ocuparán de ella, y mientras tanto podrá V. recobrar la serenidad.

—¿Y cuándo hay que ir á Beaulieu?— preguntó Felipe con visible turbación.

—¿Tiene V. ya miedo aun antes de salir de aquí? Pues bien, vaya V. mañana. Una buena noche le tranquilizará el ánimo, y de esta suerte podrá desplegar con más aplomo sus medios de agradar.

Levantándose lentamente, cogió el notario su cartera, se la puso debajo del brazo, y dió algunos pasos hacia la puerta. Deteniéndose de pronto en medio del despacho, preguntó á Felipe con aire burlón:

—¿Siente V. todavía que haya hablado á la señora de Beaulieu sin que me autorice para ello? Verdad es que, por causa de su turbación, aun no me ha preguntado usted qué contestó ella.

—¡Es cierto!—exclamó Felipe.

Y la alarma sucedió repentinamente en su ánimo á la alegría

—¿Qué ha dicho?

—Lo que debía decir en tal caso; á saber: que nada tenía que objetar, y que nunca violentaría la voluntad de la señorita Clara. En fin, las generalidades de costumbre. Pero créame V., lo fuerte de la posición que es preciso tomar no está del lado de la madre, sino del de la hija; con que... buen ánimo. Y dicho esto, me voy á comer.

Y estrechando afectuosamente la mano del dueño de la ferrería, salió Bachelín.

Quedó solo Felipe meditando profundamente. Examinó con frialdad su situación, y debió comprender que no era mala. La señorita de Beaulieu, indignamente engañada por su prometido, permanecería, sin duda, algunos meses en sus posesiones del Jura, para que se olvidase el humillante desaire. Podría pues verla, tributarle discretas atenciones, y acaso consiguiera no serle desagradable. Susana sería útil auxiliar seguramente, y terminadas las vacaciones, en vez de entrar de nuevo en su convento de Besançon, la conservaría á su lado y llegaría á ser compañera de Clara, conquistando con su gracia sencilla y tierna el cariño de la señorita de Beaulieu, y consiguiendo poco á poco que el corazón de ésta se ocupara de su hermano.

La ilusión tomaba apariencias de realidad, y veía ya Felipe pasear lentamente á las dos jóvenes por las umbrosas alamedas de Pont-Avesnes. Iban una junto á otra cogi-

das del brazo como hermanas, alta y orgullosa la una, la otra pequeña y amable. Mirábalas y creía percibir el suave perfume que exhalaban, embriagándole este delicioso aroma. Iba ya á tocarlas, cuando de repente unos frescos labios posándose sobre su frente le arrancaron del ensueño, y la querida voz de Susana murmuró á su oído:

—¿En qué piensas, Felipe?

Al ver que éste continuaba sentado con vaga sonrisa y sin responder, añadió:

—¿No quieres decirme lo? ¿Te lo digo yo? Pues bien, apostemos á que estás pensando en una bella joven rubia.

Levantóse bruscamente Felipe y cogió á su hermana por la mano.

—¡Susana!—exclamó.

Y perdiendo la serenidad ante la maliciosa sonrisa de la joven, no pudo continuar.

Permaneció de pie, estupefacto, y preguntándose por qué rara adivinación podía aquella niña saber lo que en su ánimo pasaba.

—Ya estás turbado,—continuó Susana con ternura.—¿Tan oculto creías tu secreto? Desde hace un mes no eres el mismo, y sin necesidad de mucha astucia he podido advertir que tu corazón no era mío sólo. No soy celosa, y te amo demasiado para poder serlo. Cuando te veo pensativo y absorto, no me alarmino porque tema que me prives de una parte de tu cariño para darlo á otra, sino

porque temo que estés disgustado. ¡Te debo tanto, Felipe mío! Al quedar sola, sin padre ni madre, tú me has cuidado y educado, y me parece que no soy sólo tu hermana sino también tu hija; hija de tus cuidados y de tus penas. Ama y sé amado, y verás cómo me regocijo, porque sé que no hay dicha bastante completa en este mundo para recompensar á un sér tan perfecto como tú.

Brillaron dos lágrimas en los ojos de Felipe, y corrieron silenciosamente por sus mejillas. Las dulces palabras de su hermana habían aplacado sus sobrecitados nervios, y de pie junto á la alta chimenea permanecía inmóvil mirando á su hermana, que le sonreía.

—Ya estás llorando,—dijo Susana.—¿Qué! ¿tan triste es amar?

—No hables jamás de esas locuras,—interrumpió Felipe con alterada voz.

—¡Locuras! ¿Por qué lo son? ¿Qué mujer que te conozca no deseará agradarte?

Y poniéndose ante él con aspecto atrevido y resuelto, añadió:

—¡Bah! ¡bah! Yo diré, si es preciso, á la que tú amas:—Señorita, se equivoca usted no adorando á mi hermano, porque nadie hay en el mundo á quien no sea absolutamente superior; puedo afirmarlo, porque le conozco bien y desde hace largo tiempo.—Tan elocuente he de ser, que ella misma vendrá á tí alargando la mano, y diciéndote

con graciosa reverencia:—Caballero, tiene usted por hermana una personita tan extraordinaria, que me es imposible desconocer por más tiempo vuestro mérito. ¿Quiere usted hacerme el favor de ser mi esposo?—Tú te inclinarás con amabilidad, y contestarás con aspecto reflexivo:—¡Dios mío, señorita, lo seré por agradar á usted!—Yo os bendeciré con aire solemne y protector, y seréis dichosos. Ya lo ves. ¡Ah! ¿Lo ves tú? ¡Ya te ríes! Estás consolado.

Y cogiéndose tiernamente al brazo de su hermano, cuya emoción no había podido resistir á tan viva y juguetona alegría, le arrastró Susana hacia fuera diciendo:

—Vamos á dar una vuelta por el jardín mientras llega el momento de que te cases.

IV.

Al bajar del tren que le había conducido hacía seis semanas desde San Petersburgo á París, el Duque de Bligny, fatigado por el viaje, hecho sin descanso en un *sleeping-car* que le molió los huesos, se hizo llevar al Círculo.

No teniendo habitación dispuesta, y estando cerrado el palacio de su tía, parecióle lo más oportuno ocupar uno de los cuartos

que en los grandes Círculos hay siempre á disposición de sus socios. Pensaba estar en París unos ocho días, el tiempo absolutamente preciso para terminar sus asuntos en el Ministerio y hacer algunas compras en las tiendas, dirigiéndose después á Beaulieu.

Su ausencia había durado cerca de un año, en el cual llevó entre la aristocracia rusa esa vida parisién artificial que es la suprema elegancia en el extranjero, pero que se parece á la gran vida mundana de París como una piedra del Rhin á un diamante de Wisapoor.

La refinada corrupción de los esclavos le contagió sin embargo, encontrando grande atractivo en aquella existencia, mezcla de la molicie asiática y de la actividad europea. Las grandes señoras rusas le cautivaron por su gracia y el encanto enigmático de su belleza. Quiso conocer el secreto de aquellas risueñas esfinges, de miradas llenas de promesas y uñas llenas de amenazas. Buen mozo, bien educado y con ilustre título, tuvo excelente acogida. Poco á poco la imagen de su prometida esposa, tan fielmente grabada en su corazón, fué desapareciendo como esas bellas pinturas al pastel de Latour cuyos colores palidecen con el tiempo.

Lejos de Clara, consideróse al pronto como desterrado, y quiso tener una vida severa; pero siendo el más joven agregado de una embajada francesa, y objeto por lo-